

de las orejas movibles y puntiagudas de que estaban provistos nuestros antepasados, pues indican *atavismo*; luego el hombre tuvo por padre algun animal orejudo.

b) Añádese á esto que, segun se dice, el feto á los cuarenta días de su concepcion tiene una cola tan larga como la de un perro, y á los seis meses todo el cuerpo se cubre de pelusa; estos datos han parecido á Darwin suficientes para (como se ha referido ántes) concebir y presentar una imágen del mono padre del hombre (1). Y como el proceso de la evolucion *ontogenética* ó embriológica imita al de la *filogenética* ó de varias especies, síguese que así como el feto humano pasa por varios grados en los cuales se parece mucho á las especies y forma de ciertos animales, así tambien debe decirse que la especie humana existió primeramente en la generacion beluina, pasando despues sucesivamente por varias especies de animales hasta llegar á los más perfectos.

c) Finalmente, se encuentran en el cuerpo humano ciertas partes ó señales, restos, al parecer, ó principios de órganos plenamente desarrollados en los animales; v. gr., el pelo esparcido por varios sitios del cuerpo y el cocix ó extremidad de la columna vertebral. Estas y otras cosas completamente inútiles al cuerpo del hombre parecen restos y huellas de órganos desarrollados y perfectos en nuestros

(1) Véase más arriba, pág. 584. «On sait que chez bien des animaux les oreilles sont pourvues des muscles qui leur permettent de les mouvoir avec une grande facilité. On retrouve à peu près ces muscles chez l'homme, mais si bien réduits qu'ils ne peuvent produire de mouvement que chez quelques très rares personnes. En outre, on rencontre quelquefois chez l'homme une petite saillie *l'hélix*. Darwin conclut de ces deux faits que notre ancêtre avait des oreilles mobiles et pointues.—L'embryon humain au quarantième jour de la gestation est pourvu d'une queue aussi longue que celle du chien. Darwin y voit un souvenir atavique laissé par un ancêtre.—Le fœtus humain de six mois est couvert d'un duvet lanugineux. Darwin en conclut que nos ancêtres étaient velus (*La descendance de l'Homme*, t. 1, pág. 16 et suiv).—C'est d'après des données de cette nature qu'il a tracé de notre premier ancêtre le portrait que j'ai reproduit plus haut.» De Quatrefages, *Darwin et ses précurseurs français*, pág. 274.

antepasados, y que poco á poco han ido desapareciendo (1).

Para responder, negaremos tal afirmacion, como negamos tambien la menor y la consecuencia del argumento *a*) y la menor del *b*). Parece increíble se muestren tan ligeros é ilógicos unos hombres que tienen siempre en la boca las palabras experiencia é induccion, y alardean de no reconocer otra ley ni otra guía. ¿En qué experiencia, en qué fundamento de razon se apoyan ni pueden apoyarse para deducir una proposicion tan absurda y contraria al comun sentido? ¿Y quién ve sin náuseas, que tan repugnante y absurda argumentacion parezca probable á esos hombres, que se burlan de los más sesudos filósofos y se rien de ellos, ó porque desprecian la experiencia ó porque, suponiéndola y apoyados en solidísimos principios, sacan, racionando, verdaderas conclusiones? Negamos, pues, que los indicios opuestos en nuestra contra, ni aun considerados separadamente y en sí mismos, tengan la menor fuerza para mover el ánimo de un pensador prudente; y si se comparan con las razones por nosotros aducidas, se desvanecen al punto y no merecen ser refutadas (2).

En cuanto al argumento *c*), es falso, falsísimo que las partes del cuerpo humano de que se hace mencion sean vestigios ó principios de órganos perfectos en nuestros antepasados. Para semejante afirmacion es necesaria alguna prueba cierta y positiva, estando como está probado que el hombre no nació de animal alguno, ni con rabo, ni peludo, y nuestros adversarios ¡infelices! no tienen ni pueden presentar otra razon sino una desmedida pasion por defender sistemas nuevos, ó el desconocer absolutamente los desig-nios de Dios, al conformar de modo particular ciertas partes

(1) Darwin (*La descendance de l'Homme*, t. 1, pág. 17; *De l'origine des espèces*, pág. 628; Perrier (*Le Transformisme*, pág. 76); Häckel (*Histoire naturelle de la création*, págs. 11 y 254).

(2) Véase á Quatrefages, que en la obra citada, pág. 274 y siguientes, trata largamente y discute sobre estos datos presentados por Darwin para sostener su tesis.

ó miembros del cuerpo humano. Mas ninguna de las dos debe mirar un filósofo como razones suficientes para establecer nuevos y absurdos sistemas (1).

Objecion 3.^a Atendida su estructura anatómica, el género ínfimo de los monos dista más del superior que éste del hombre (2). Luego no aparece ninguna repugnancia en que el hombre proceda del mono.

Respuesta... Distinguiremos el antecedente... Concedemos exista esa distancia en *algunas* cosas; pero la negamos en todas, puesto que hay cosas en las que el hombre dista más del género más perfecto de monos que éste del género más ínfimo; por ejemplo, el ángulo órbito-occipital que, testigo el mismo Broca, es en el hombre cuatro veces mayor con relacion al género supremo de antropomorfos que en éste respecto al ínfimo (3), y lo mismo enseñan Bischoff y Aeby (4) despues de examinar el cerebro con muchos y delicados experimentos.

Además la *consecuencia* deducida en la objecion es falsa;

(1) El mismo Huxley, fidelísimo partidario de Darwin, confiesa no ser poderoso ni convincente el argumento sacado de los órganos rudimentarios, que y debe necesariamente recurrirse al otro tomado de la semejanza morfológica, que tambien carece de fuerza. Huxley, *Les Problèmes de la géologie*, pág. 113.

(2) Así Huxley, segun Reusch, obra citada, pág. 464 y sig., y en el mismo sentido se expresa Soury: «Le cerveau, inquit, d'un homme d'une intelligence extraordinaire est plus riche en stries et en circunvolutions que celui d'un homme ordinaire; d'autre part, le cerveau de celui-ci diffère beaucoup de celui d'un crétin ou d'un idiot. Toutefois, entre le cerveau d'un homme et celui d'un maki, il n'existe naturellement que des différences de degré: tous les caractères propres du cerveau humain sont déjà indiqués chez les singes inférieurs, plus ou moins développés chez les anthropoïdes, Huxley l'a montré: il y a, quant à la structure cérébrale, plus de distance entre les singes inférieurs, et les singes supérieurs, qu'entre ceux-ci et l'homme. Au cours de son évolution embryonnaire, le cerveau de tout homme passe encore aujourd'hui par le type simien. C'est dire que l'âme humaine s'est dééagée peu à peu (non sans y revenir souvent) de l'âme des singes.» Soury, prólogo á la obra de Häckel. *Les Preuves du transformisme*, traducida por el mismo al francés, págs. xxxiv y xxxv.

(3) V. «Quatrefages, *Darwin et ses précurseurs français*, pág. 271.

(4) De la autoridad y brillantes testimonios de dichos escritores sobre esta materia habla el P. Mendive, *La Religion*, etc., pág. 545 y sig.

ya porque, aun dado que el hombre distara en todo del mono más perfecto ménos que éste del más ínfimo, no se deduciria de ahí el origen beluino del hombre, sino suponiendo verdadero el sistema transformista, suposicion falsísima, como luego veremos; ya porque no debe juzgarse la diferencia entre el hombre y cualquier otro animal, atendiendo sólo á la parte corpórea, como acostumbra hacerlos los materialistas, sino atendiendo principalísimamente al alma ó parte formal y, por consiguiente, examinando el conjunto ó compuesto formado por la union de las dos partes; pero, como hemos ya probado no poder darse comparacion entre el hombre y un animal cualquiera mirada su perfeccion intelectual y moral, síguese que, por muy semejantes que sean toda la parte material y todo el organismo del hombre y del mono, no puede el primero deber al segundo la existencia; pues el entendimiento ó la inteligencia no consiste en un peso determinado y cierta disposicion de la masa encefálica, ni es un órgano, sino el alma espiritual quien produce las operaciones intelectuales y volitivas.

Objecion 4.^a, sacada de la doctrina de Vogt. Si es posible descienda el hombre hasta el grado del mono, debe tambien admitirse como posible se eleve el mono á la perfeccion del hombre; lo primero es posible, pues hay hombres microcéfalos, tontos é imbéciles, que parecen lindar con la condicion del mono; luego posible es así mismo que éste alcance la excelencia y dignidad de la naturaleza humana. Agréguese á esto, que con derecho puede considerarse el cerebro de un microcéfalo como un caso de atavismo, de donde se sigue que los monos pudieron ser los antepasados y progenitores del hombre.

Respóndese á esta objecion, haciendo caso omiso de la *mayor* y negando la *menor* con su prueba. Los hombres de que se habla en la dificultad, son esencialmente tan perfectos como el mismo Carlos Vogt ú otro cualquiera; la necedad, imbecilidad y demás defectos, no reconocen otra

causa sino el desarrollo imperfecto ó desarreglo del organismo. Porque, si bien la vida espiritual de la inteligencia no depende inmediatamente del organismo como de facultad ó principio operante, depende, sin embargo, mediatamente, en cuanto necesita la operacion prévia y concomitante de la fantasía, operacion imposible de verificarse sin ayuda de los órganos. Sin razon, pues, y gratuitamente se atribuye al atavismo los fenómenos indicados, cuando deben, sin la menor duda, atribuirse al desarrollo irregular ó alguna enfermedad de los órganos, no debiéndose por lo mismo llamar fenómenos fisiológicos sino más bien *teratológicos* ó *patológicos*. Y mucho más cuando estos hombres así disformes pertenecen á familias cuyos otros individuos gozan plena y perfectamente del uso de las facultades intelectuales (1).

Objecion 5.^a La Paleontología presenta algunos restos de un antropomorfo más perfecto, del cual pudo nacer el hombre. Tal es, *a*) el *dryopiteco*, cuyos restos se descubrieron hace unos cuarenta años; así mismo, *b*) el hombre-mono ó *antropopiteco* de Burgeois, quien, segun Mortillet y otros, dió á conocer los sílices hallados en Thenay en unos terrenos terciarios por el sacerdote francés Burgeois (2).

(1) De Quatrefages (*L'espèce humaine*, págs. 81, 82), et Reusch, ob. cit., pág. 469. Véase Virchow (en el discurso pronunciado en Lipsias, año 1878), Aeby (*Natur forschervessammlung Zu Kassel*, 1878) segun P. Tilmann; Pesch, *Philosophia naturalis*, núm. 609, pág. 667. V. P. Dierckx, en la *Revue des Questions scientifiques*, Avril, 1894, pág. 561 y sig.

(2) Ya por el año 1863 el Sr. Bourgeois presentó en varias reuniones de sabios muchas clases de sílices encontrados por él mismo; primero cerca de Pontlevoy y más tarde en Thenay (Loir-et-Cher) y de los cuales pretendió deducir la existencia del hombre en la edad terciaria, por lo ménos en el período *mioceno*. Mucho se disputó sobre los sílices bourgeonianos y sobre la consecuencia de ellos deducida. Los sabios en su mayor parte no descubrieron en dichos sílices huella alguna ni señal de industria ó arte humana, sino una obra puramente natural, y esta es la opinion que parece debe seguirse, como lo prueba el R. Sr. Hamard (*Revue des Questions scientifiques*, t. v, pág. 48 y sig.), y por lo mismo no puede admitirse existiera el hombre en la edad terciaria. Pero he aquí que le ocurre á Gabriel de Mortillet sustituir al hombre, á cuya operacion veia no se

Y si se quiere el *antropopiteco de Ramesio*, elaborador de los sílices de Cantali, y el *antropopiteco Ribeiro*siano, pulimentador de los sílices descubiertos por el portugués Ribeiro á la orilla del rio Tajo (1).

c) Tambien encajan aquí perfectamente dos cráneos, de los más antiguos hallados hasta ahora. El uno se encontró en las excavaciones de Engis-sur-Meuse (Bélgica); el otro en Neanderthal, entre Elberfeld y Düsseldorf, y de éste afirman el escritor inglés King y otros, perteneció á un género de hombres el más ínfimo y más parecido á los monos, llamándole por eso el *hombre neardethalense* (2). ¿Qué impide el considerar á este hombre como el puente por el cual pudiera ir pasando el mono hasta llegar á nuestra naturaleza humana? (3).

Negamos tal afirmacion, prueba la más á propósito para conocer la índole y carácter de ciertos escritores sedicentes sabios sólo porque cultivan las ciencias naturales: ¿se trata de alguna verdad metafísica ó filosófica? estos sabios profundos lo rechazan todo como no lo demuestre y confirme la experiencia; pero se trata de algun sistema nuevo contrario á las paternas tradiciones, á la fe católica ó á la Filo-

podia con probabilidad atribuir aquellos sílices, con un mono de cierta especie, el *antropopiteco bourgeoisiano*, cuyo ingenio y arte habian pulimentado los sílices de Thenay, y del cual proviene el género humano. V. Hamard, lug. cit. P. Juan Mir, *La creacion*, cap. 42, arts. 1 y 2, pág. 678. Madrid, 1891, segunda edicion.

Por lo demás, el célebre Gabriel Mortillet desatinó tanto sobre este punto, que hasta se atrevió á escribir que el tal *antropopiteco*, artífice de los sílices de Thenay, era más pequeño que el hombre, fundándose en la *estupenda* razon de que los dichos sílices son de cortas dimensiones... ¡Ya se ve! un artífice de elevada estatura no puede hacer un artefacto pequeño! V. Mortillet, ob. cit., pág. 105.

(1) V. Mortillet, *Le Préhistorique*, págs. 104, 105, 126. París, 1883.

(2) Este cráneo, segun parece á Quatrefages y á otros, pertenece á la estirpe humana, que recibió su nombre de la ciudad de Constadt, en cuyas cercanías se habia encontrado el primer hombre fósil al comenzar el siglo pasado. Quatrefages, *L'espèce humaine*, pág. 226.

(3) Quatrefages, *L'espèce humaine*, págs. 226, 227; Reusch, ob. cit., págs. 470, 471.

sofía, ¡ah! entónces ya no exigen ni les hace falta ningun experimento, ninguna induccion; fingien é inventan las hipótesis más contrarias á la experiencia misma, á la razon y al sentido comun, y se abrazan á ellas con pasion verdaderamente frenética.

Negamos asimismo lo establecido en la prueba *a*). Algunos, en efecto, concibieron risueñas esperanzas al ver el cadáver del Dryopiteco (1), pero las vieron desvanecerse muy presto como el humo, cuando el eruditísimo Sr. Gaudry demostró que el así llamado mono no sólo se diferenciaba muchísimo del hombre, sino tambien que era muy inferior en perfeccion á los monos hoy dia existentes (2).

Es tambien falso el argumento *b*), porque consta ya, sin dejar lugar á duda, que los sílices de Thenay ningun indicio presentan de intervencion artística. Así lo aseguran los sabios más doctos, habiendo demostrado con repetidos experimentos, que el calor y otras causas meramente naturales hienden y dividen los sílices en formas muy semejantes á los tan decantados sílices de Thenay; por consiguiente,

(1) «Les conches du uniocène moyen de S.ⁿ Gaudens ont fourni en 1856 à Fontaine les vestiges d'un grand singe que Paul Gervais a décrit sous le nom de *Dryopithecus Fontani*, et auquel ce savant paléontologiste a cru devoir attribuer un très grand caractère de supériorité sur les autres anthropomorphes.» *La Nature*, 1.^{er} Mars, 1890, pág. 207.

«*Le Dryopithecus* était le seul singe fossile qu'on eu comparé à l'homme. M. Lartet le regardait comme le singe le plus rapproché du type nègre; d'autres paléontologistes l'avaient proclamé le précurseur de l'espèce humaine, l'ouvrier des silex tertiaires, l'*anthropopithèque* de M. de Mortillet.» Duilhé de S.ⁿ Projet, ob. cit., pág. 368, nota.

(2) «Le 14 Février 1890, M. Gaudry s'exprimait ainsi devant l'Académie des sciences: «... Je mets sous les yeux de l'Académie une mâchoire de la Vénus hottentote qui a les tendances les plus bestiales, et je place à côté la pièce qui m'a été envoyé (une mâchoire de *Dryopithecus* récemment découverte par M. Regnault, de Toulouse, dans le miocène inférieur de Saint-Gaudens)... En résumé, le *Dryopithecus*, à en juger par ce que nous possédons, non seulement est éloigné de l'homme, mais encore est inférieur à plusieurs singes actuels. Comme c'est le plus élevé des grands singes fossiles, nous devons reconnaître que, jusqu'à présent, la paléontologie n'a pas fourni d'intermédiaire entre l'homme et les animaux.» Duilhé, lug. cit. Véase *La Nature*, lug. cit.

bien puede ser que las formas de estos sílices hayan sido efecto de causas naturales, y no puede aducirse ningun argumento algo probable en prueba de que fueron pulimentados por el ingenio y arte del hombre ni de algun otro viviente; y tanto más cuanto se diferencian por completo de las obras fabricadas en piedra por el arte humano en la edad cuaternaria.

Puede, quien guste, ver todo esto latamente expuesto y probado en la obra del distinguido Sr. Hamard (1). Nada, pues, sirven los dichos sílices para probar existiera en la edad terciaria ni el hombre ni *antropopiteco* alguno de quien pudiera aquel ser engendrado. Y si pudiera probarse con certeza haber sido elaborados aquellos sílices por mano humana, debería afirmarse pertenecen no á la época terciaria, sino á otra más reciente, y que causas hasta ahora desconocidas los depositaron en los estratos terciarios; pues como enseña la doctrina católica, única verdadera y que debe necesariamente seguirse, ningun hombre hubo en el mundo anterior á Adan, y de Adan procede todo el género humano; y Adan es, ciertamente, posterior á la edad terciaria. Se pretende sostener un absurdo al defender que los sílices en cuestion se deben al arte ó industria de algun mono *antropopiteco*. ¿Puede darse industria ú arte sin inteligencia? Pues bien, ningun viviente corpóreo, désele el nombre que se quiera, fuera del hombre, está dotado de inteligencia: pedimos se nos conceda por ahora esto que probaremos más abajo con razones irrecusables.

No vale oponer como argumento en contra los admirables nidos de las aves, ni los panales de las abejas ni otras obras de diversos animales en las que indudablemente resplandece maravilloso artificio. Pues los pobrecillos animales al construir obras tan perfectas, ni saben lo que se hacen, ni las llevan á cabo guiadas por la luz de la inteligencia

(1) *Revue des Questions scientifiques*, t. v, pág. 34 y sig., principalmente desde la pág. 48. V. *Controverse*, ann. 1880, pág. 33 y sig.

sino por instinto é ímpetu de la naturaleza; hay, pues, sin duda artificio en las obras de dichos animales, pero no son ellos los artífices, eslo únicamente Dios, cuya infinita sabiduría ha impreso en los animales inclinaciones é instintos segun la naturaleza de cada uno. De esto hablaremos más largamente al examinar las facultades de los brutos.

Demos, por fin, una respuesta igual al dato ó hecho c), negando el aserto del inglés King y otros empeñados en sostener sin otra prueba que su palabra, la existencia de muchas especies de hombres; y, la verdad, su palabra, por muy autorizada que se la quiera suponer, no basta; no hay ni ha habido sino una especie humana. Y en vano buscan el puente por donde la naturaleza beluina ha pasado á la humana; tal puente no ha existido sino en la extravagante imaginacion de los transformistas. Es necesario confesar que entre la naturaleza humana y todo el reino animal media, por decirlo así, un abismo, una distancia inmensa, y esa distancia no la ha podido atravesar jamás la naturaleza, sólamente Dios la recorrió al criar al hombre.

En cuanto á los dos cráneos á que alude la objecion, segun confiesa el mismo Huxley, testigo nada sospechoso en esta materia, no se sabe á qué estirpe humana pertenece el primero, aunque semejante á muchos cráneos europeos; y tal forma presenta que no aparece en él vestigio ni señal alguna de degradacion, al contrario, puede ser muy bien el cráneo de un filósofo (1). El segundo cráneo creen algunos

(1) «Les deux crânes, probablement les plus anciens que l'on connaisse, ont été trouvés, l'un à Engis-sur-Meuse et l'autre dans la vallée de Neander entre Elberfeld et Düsseldorf. Pour le premier, Huxley n'a pas pu découvrir, dans ce qui en reste, de marque qui permit de déterminer, avec certitude, la race à laquelle il pourrait appartenir. Ses contours et ses proportions sont absolument les mêmes que dans beaucoup de crânes australiens que j'ai examinés. D'un autre côté, ses proportions sont exactement les mêmes que celles de beaucoup de crânes européens, et, assurément, aucune des parties de sa structure ne porte des signes de dégradation. Dans le fait, c'est un bon crâne moyen qui a pu appartenir aussi bien à un philosophe qu'il a pu appartenir le cerveau d'un sauvage sans culture.» Reusch, ob. cit., pág. 470.

pertenece á la estirpe Constadt, antiquísima, segun se dice, en Europa. Sus prominentes cejas y frente, algun tanto deprimida, parecieron á los transformistas excelentes datos para confirmar y sostener su sistema. Pero los sabios vieron en la prominencia de las cejas señales de robustez y fuerza corporal más bien que de alma degenerada, y no creyeron fuese tan rara esta especie de cráneos que no se haya encontrado en la India, Australia y América, ni sólo en los tiempos geológicos, sino tambien en otros mucho más modernos (1), y consta por la historia haber tenido cráneos semejantes algunos hombres sabios y de muy buenas costumbres (2).

Omitimos otras cosas relativas á otros cráneos de que han pretendido los transformistas servirse como de arma bien templada para defender su sistema; puede verlas quien guste en la obra del Sr. B. Pozzy (3).

Objecion 6.^a Debe admitirse como cierto que las semejanzas existentes entre muchos individuos diversos en géne-

(1) V. Quatrefages, *L'espèce humaine*, pág. 228 y sig.

(2) Au congrès de Paris, M. Vogt a cité l'exemple d'un de ses amis, le D.^r Emmayer, dont le crâne rappelle entièrement celui du Néanderthal et qui n'en est pas moins un médecin aliéniste fort distingué. En parcourant le musée de Copenhague, je fus frappé des traits néanderthaloïdes que présentait un des crânes de la collection, il se trouva que c'était celui de Kay Lykke, gentil homme danois qui a joué un certain rôle politique pendant le xvii^e siècle. M. Godron a publié le dessin de la tête de saint Mansuy, évêque de Toul au iv^e siècle, et cete tête exagère même quelques-uns des traits les plus saillants du crâne de Neanderthal. Le front est encore plus fuyant, la voûte plus surbaissée et la tête s'allonge si bien que l'indice céphalique descend à 69, 41. En fin la tête de Bruce, le héros écossais, reproduisait aussi le type de Constadt.—En présence de ces faits, il faut bien reconnaître que même l'individu dont on a trouvé les restes dans la caverne de Néanderthal a pu posséder toutes les qualités morales et intellectuelles compatibles avec son état social inférieur.» De Quatrefages, *L'espèce humaine*, pág. 231. Véase tambien á Pozzy, *Le terre et le récit biblique de la création*, pág. 387. Paris, 1874, en la que se citan otros muchos ejemplos sobre esta materia. Véase así mismo al P. Mendive, ob. cit., pag. 577.

(3) Obra cit., cap. 11. Véase al P. Durckx, *Revue de Questions scientifiques*, Avril 1894, págs. 547, 456.

ro y especie proceden de un género comun superior, del cual todos las han heredado; ahora bien, el hombre y los animales tienen muchas cosas semejantes de cualquier modo que se les mire, anatómica, fisiológica ó patológicamente. Sobre esta materia escribió Darwin (1) pretendiendo probar que el hombre manifiesta sus afectos del mismo modo que ciertos animales, y que de éstos, por consiguiente, recibió por generacion la facultad de manifestarlos. Así, v. gr., como el terror hace erizarse los cabellos del hombre, tambien eriza los del mono; éste, como el hombre, manifiesta su ira con el rechinar de los dientes (2); el hombre se rie como el cenocéfalo *Anubi* (3), llora como el elefante indio y como el macaco moro (4); tosen y estornudan muchos animales, el caballo, el perro y aun algunas aves (5).

Sea nuestra respuesta negar la mayor: es falsísimo ese principio gratuitamente sentado por los transformistas, y demostraremos su falsedad al refutar el darwinismo. Como el hombre, aunque distinto en especie, conviene con los animales en el género lógico, no es extraño convenga tambien con ellos en algunas propiedades comunes, esto es, las que provienen de la razon genérica. Por lo demás, quien desee ver minuciosamente refutado el libro de Darwin, lea al R. Sr. A. Leconté (6).

(1) *The expresion of the emotions in man and animals*. London, 1872.

(2) Darwin, ob. cit., págs. 12, 95, 114, 138, 145, 243, 295.

(3) Id. id., págs. 134, 135.

(4) Id. id., págs. 135, 166, 68.

(5) Id. id., pág. 40.

(6) *Le darwinisme et l'expression des émotions chez l'homme et chez les animaux*. Lovanii, 1881, imprenta de Peeters. El ilustre escritor reunió en esta obra sus artículos publicados en la Revista *Questions scientifiques*, t. III y siguientes, desde el año 1878. Véase tambien la obra del mismo autor *Controverse*, años 1880-1881, pág. 811 y sig.

§ II.—¿Puede sostenerse el origen beluino del hombre, salva la doctrina católica?

Por qué tratamos aquí esta cuestión.—Doctrina de la Iglesia sobre la creacion del hombre.—Doctrina de la Sagrada Escritura.—En qué sentido deben tomarse las palabras del *Génesis*.—Pruebas de la proposicion.—Doctrina de los Santos Padres.—De los Pontífices y Concilios.—De los Teólogos.—Censura teológica de la doctrina expuesta.—Solucion de las objeciones.

Esta controversia ó cuestion, propiamente pertenece á la Teología; sin embargo nos parece deberla tratar aquí, ora como complemento á la doctrina expuesta, ora por las especiales circunstancias de los tiempos en que vivimos. Se ha apoderado de los católicos el temor y terror de combatir los absurdos caprichosos de los materialistas y transformistas, en tanto grado, que, cierto, parecen transigir y pactar con esos gravísimos errores, y tolerar con indigna blandura ó disimulo cuanto la santa Iglesia no condena con alguna definicion clara y expresa y con palabras bien terminantes. ¡Ah! siempre, pero en especial hoy día es necesario confesar sin miedo y defender con toda la energía posible cuanto se halla contenido en la doctrina de la Sagrada Escritura, Santos Padres y Teólogos. Para manifestar, pues, mejor la mente á intencion de la Iglesia, recordemos los antiguos errores sobre el origen del hombre. Los gnósticos lo supusieron criado por un Demiurgo, los maniqueos por un principio malo. Filon (1) creyó que el cuerpo de Adan no fué criado por Dios solo, sino ayudándole los ángeles, á quienes el Señor dirigió las palabras: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*; error, segun el eximio Suarez (2) citando á San Agustin (3), inventado por Platon en su *Timeo*, y seguido por Basilides, Corinto y los mani-

(1) En el libro de *Opificio mundi*.

(2) Suarez, *de Opere sex dierum*, lib. 3, cap. 1, núm. 4.

(3) *De civit. Dei*, lib. 12, cap. 24.